

LA CONFORMACIÓN DEL MUNDO IBÉRICO SEPTENTRIONAL*

Joan Sanmartí

1. INTRODUCCIÓN. ANTECEDENTES Y PRESUPUESTOS TEÓRICOS

En estos inicios del siglo XXI la arqueología ibérica parece haber superado ya en gran medida la etapa esencialmente descriptivista que, tal vez inevitablemente, la caracterizó durante la mayor parte de la precedente centuria. Ello permite plantear sobre nuevas bases las grandes preguntas tradicionales sobre esa civilización, y también formular otras nuevas.

Efectivamente, hasta los años setenta del siglo pasado, una gran parte de los esfuerzos de la investigación se centraron en dar respuesta a las grandes cuestiones planteadas por la historia cultural; esto es, reconocer conjuntos diferenciados de cultura material que supuestamente pudieran relacionarse con distintas etnias o grupos étnicos, y, en segundo lugar, fijar la cronología de los mismos. Este programa, que informa algunos de los estudios emblemáticos sobre el mundo ibérico, en especial las grandes contribuciones de P. Bosch-Gimpera (Bosch-Gimpera, 1915, 1919, 1932), resultaba particularmente atractivo debido a la existencia de otras fuentes, literarias y numismáticas, que permitían trazar un mapa relativamente preciso de la distribución territorial de dichos grupos humanos. Esto no significa, por supuesto, que las grandes cuestiones relativas a las formas de organización política, social y eco-

* Este trabajo es, en lo esencial, una versión ligeramente resumida y modificada del artículo «From local groups to early states: the development of complexity in proto-historic Catalonia», aparecido en 2004 en el nº 35 de la revista *Pyrenae*. Muchos de los aspectos que se tratan en el mismo han sido desarrollados de forma más extensa en «La formació i desenvolupament de les societats ibèriques a Catalunya», publicado en 2001 en el nº 23 (nueva serie) del *Butlletí de la Reial Societat Arqueològica Tarraconense*.

nómica de los iberos no se hubieran planteado, pero es preciso reconocer que lo habían sido de la mano de lingüistas e historiadores (Mangas, 1977) o, incluso, de antropólogos (Caro Baroja, 1943, 1971, 1981), más que de la de arqueólogos. Un hito simbólico en esta tradición de estudio es el *Simposi Internacional: Els orígens del món ibèric* (SIOMI), celebrado en Barcelona en 1976 (Ripoll, Llongueras, Sanmartí-Grego, 1976-1978), que constituye un claro exponente de los resultados que es posible obtener a partir de los planteamientos teóricos y metodológicos de la historia cultural, pero también como una manifestación inequívoca de las limitaciones de la misma. En efecto, a través de sus distintos trabajos, el SIOMI aporta a menudo soluciones claras —y que, en lo fundamental, no han variado— a los problemas de la cronología inicial de las facies de cultura material que se suele llamar «ibérica» (un tema que había sido objeto de debates intensos) y de la delimitación territorial de la misma. Resuelve, pues —y no es poco—, los problemas básicos del tiempo y el espacio, pero resultaría inútil buscar en la páginas de este grueso volumen ningún trabajo que contemple también el análisis de la naturaleza de las sociedades ibéricas, ni los procesos que explican la formación y desarrollo de las mismas. Los grandes debates teóricos sobre los procesos de cambio social, que en aquellos momentos, precisamente, constituían uno de los referentes esenciales de la investigación arqueológica en el mundo anglosajón (por ejemplo, Renfrew, 1972; 1973), a partir de las formulaciones neoevolucionistas de E. Service y M. Fried y de los análisis de base marxista (por ejemplo, Friedman, 1977), simplemente no se reflejan en este, por lo demás, importante volumen.

¿Qué ha cambiado en los últimos decenios? En primer lugar, la mentalidad de los entonces jóvenes investigadores que iniciaban su actividad profesional desde finales de los años setenta, como consecuencia de la difusión de las ideas propias de la arqueología processual y, especialmente en la Universidad de Granada, del materialismo histórico. Aunque ello no significa que los trabajos de L. Binford, K. Flannery, C. Renfrew o el joven I. Hodder fuesen ampliamente conocidos y comentados, sí es cierto que, en términos generales, se iba imponiendo la idea de que era necesario practicar nuevas formas de arqueología, más vinculadas a las problemáticas propias de las ciencias sociales y, en primer lugar, de la geografía. La idea de que la investigación arqueológica debía fundamentarse en proyectos de investigación de carácter territorial, y de que tenía que comenzar por la prospección del territorio y el análisis a nivel macroespacial, se introdujo con notable facilidad en nuestra investigación protohistórica, como puede comprobarse en los

primeros volúmenes de la serie *Arqueología Espacial*, serie editada desde 1984 por un entonces muy joven F. Burillo.

Una segunda circunstancia favorable, en Cataluña y en otras partes, fue la creación de los servicios de arqueología dependientes de las comunidades autónomas, que, en general, iniciaron su actividad con una fuerza y una financiación considerables. Todo ello permitió emprender una serie de trabajos de excavación en extensión —una forma de trabajar también vinculada a la arqueología processual y sus planteamientos funcionalistas— que, con los años, ha permitido reconocer la existencia de distintos tipos de asentamientos ibéricos, no sólo por las dimensiones de los mismos, sino también por las características de la arquitectura pública y privada, el número y naturaleza de los materiales de importación, la presencia de materiales epigráficos, etc., así como recuperar un gran volumen de información relacionada con otra de las preocupaciones básicas del procesualismo: los aspectos adaptativos de las comunidades ibéricas.

Finalmente, es una evidencia que el desarrollo teórico y metodológico experimentado en estos tres decenios nos capacita para dirigir nuestra investigación hacia nuevas cuestiones y, sobre todo, para formular mejor nuestras preguntas. Más concretamente, para enfocar nuestra concepción del iberismo no como una «cultura arqueológica» —o un conglomerado de ellas—, sino como un conjunto de sociedades complejas, cuyo proceso de formación y desarrollo debe ser analizado y comprendido a partir del estudio de los aspectos cruciales que definen la complejidad social, esto es, densidad de población, niveles de integración socio-política y de división del trabajo. Esta es, efectivamente, la perspectiva adoptada en este trabajo, partiendo esencialmente del modelo neoevolucionista propuesto por A.W. Jonson y T. Earle (2000) —que propone el desarrollo demográfico y la consecuente intensificación económica como motor fundamental del crecimiento de la economía política y la complejidad social—, sin por ello dejar de valorar los argumentos de naturaleza arqueológica y filológica que puedan eventualmente apuntar a un movimiento de población más o menos importante desde un foco originario en el sudeste de la Península Ibérica.

2. LA FORMACIÓN Y DESARROLLO DE UNA SOCIEDAD COMPLEJA

2.1. El final de la Prehistoria: las últimas sociedades de pequeña escala

La primera gran pregunta es, lógicamente, cuál fue el proceso de formación de la sociedad ibérica, lo que obliga a remontar el análisis al período preibérico, en el curso del cual se observa un rápido desarrollo

desde las sociedades de nivel familiar, caracterizadas por un uso extensivo del territorio, a las primeras comunidades locales estables y plenamente sedentarias.

En el nivel familiar de integración sociocultural (o modo de producción doméstico) las familias constituyen, en efecto, el grupo primario de subsistencia, actúan generalmente de forma autónoma y, en la medida de lo posible, viven aisladas con la finalidad de reducir la competencia por los recursos de subsistencia, aunque también existen pequeñas agrupaciones, probablemente efímeras, sobre todo cuando se hace necesaria la cooperación entre diversas unidades familiares. Este modelo se corresponde claramente con la documentación disponible para las comunidades prehistóricas que se desarrollaron hasta finales del segundo milenio a.C. en las llanuras interiores de la depresión del Ebro (Junyent, Lafuente, López, 1994, pp. 74-75), y hasta mediados del siglo VII a.C. en las áreas litorales y prelitorales de Cataluña y el norte del País Valenciano. Las formas predominantes de hábitat son las cuevas y abrigos (Ruiz-Zapatero, 1985, pp. 219-220), y las casas al aire libre aisladas (Rovira, Petit, 1997; Asensio *et alii*, 1994-1996), pero posiblemente existieron también pequeñas agrupaciones de viviendas, aunque sin planificación previa ni uso ordenado del espacio. El abandono y reocupación periódica de los lugares de habitación sugiere la explotación cíclica de un mismo territorio por parte de una población de tamaño muy reducido, que seguramente practicaba un sistema agrícola de rozas, probablemente con deforestación por fuego, que debía de complementarse con una importante actividad de recolección y la ganadería. Los medios de producción parecen haber sido extremadamente simples: las hachas de bronce podrían haber sido utilizadas para actividades agrícolas, pero la impresión de conjunto es que la mayor parte del instrumental era de madera. Además, la ausencia de instalaciones y de recipientes de almacenaje de gran capacidad sugiere que el excedente de producción de alimentos y la competencia entre las familias por los recursos de subsistencia eran muy reducidos. La actividad pecuaria era netamente dominante en algunos asentamientos de zonas montañosas, como La Mussara (Rovira, Santacana, 1982b) y Olèrdola (Mestres, Senabres, Socías, 1994-1995), también ocupados de forma intermitente y caracterizados por la presencia de cercados.

Desde finales del segundo milenio se observa en la depresión del Ebro la aparición de núcleos de carácter protourbano, como el de Genó (Maya, Cuesta, López, 1998), caracterizados por la planificación y uso controlado del espacio, el sedentarismo y el tamaño relativamente grande (hasta varias decenas de familias) de los grupos humanos que los ocupan. El desarrollo de estos asentamientos es probablemente la con-

secuencia última de un paulatino crecimiento demográfico durante el Bronce Medio y las primeras etapas del Bronce Final¹, tal vez intensificado en este último período por la llegada de población europea portadora de los elementos de cultura material característicos de la llamada «cultura de los campos de urnas» (Puche, 1993, 53-54). Los indicios de deforestación, ya evidentes a mediados del segundo milenio a.C. (Alonso, 1999a, 284), apoyan también esta hipótesis. Como consecuencia del crecimiento de la población, y en ausencia de innovaciones tecnológicas, la explotación extensiva del territorio habría resultado ya imposible, la competencia por los recursos de subsistencia se habría incrementado y las familias se habrían visto forzadas a colaborar en una explotación más intensiva de territorios reducidos, lo que habría obligado a la plena sedentarización. La inseguridad generada por la escasez de recursos explica también el modelo protourbanístico de espacio central, caracterizado por el muro de cierre continuo al que se adosan las habitaciones, y que, junto con la ubicación de los asentamientos en lugares elevados, debía de permitir una defensa razonablemente eficaz (López Cachero, 1999). La preocupación por la defensa queda también demostrada por la presencia en algunos poblados de torres y fosos defensivos (Junyent, 1991).

Durante los primeros siglos del primer milenio a.C. este modelo de poblamiento se expandió desde las zonas más fértiles, próximas a los cursos fluviales importantes, hacia las zonas surcadas por corrientes menores, y persistió ulteriormente hasta el período ibérico. (Junyent, Lafuente, López, 1994, pp. 80-81), según muestra, entre otros, el importante yacimiento fortificado de Els Vilars (Arbeca, Les Garrigues) (Alonso *et alii*, 1998). En definitiva, el crecimiento demográfico hasta los límites de la capacidad de carga del territorio debió de provocar el desarrollo de la economía política y la tendencia a la formación de elites.

En la Cataluña oriental, la aparición de estructuras protourbanas y de un poblamiento plenamente sedentario tiene características esencialmente similares a las que acabamos de describir, pero su aparición —por razones, tal vez de índole ecológica², que no estamos en condiciones de precisar— es mucho más tardía, puesto que no se documentan hasta mediados del siglo VII a.C. La secuencia de desarrollo parece ser,

¹ N. Alonso *et alii* (1998, 367) se refieren a un «espectacular crecimiento de la población durante la segunda mitad del segundo milenio».

² Se puede suponer, por ejemplo, que el carácter pantanoso de una buena parte de la costa, y también posiblemente de las depresiones prelitorales, limitaba las posibilidades de expansión de la economía agrícola.

sin embargo, la misma y puede ser explicada por las mismas razones de carácter demográfico, puesto que los datos disponibles relativos a las necrópolis sugieren un crecimiento importante de la población en esta zona durante la primera mitad del primer milenio a.C.³.

La mayor parte de los asentamientos protourbanos conocidos hasta la fecha se encuentran en la zona del curso inferior del Ebro (Noguera, 2002), pero existen también pruebas de su existencia en El Catllar, cerca de Tarragona (Molera *et alii*, 1999 y 2000), en Olèrdola (Molist, 2000, pp. 94-95) y en Sant Martí d'Empúries (Aquilué *et alii*, 1999 y 2000)⁴. Asimismo, el hallazgo de materiales descontextualizados, pero fechables con seguridad en este período, en yacimientos ibéricos como Castellruf, Puig Castellar de Santa Coloma de Gramenet o Montbarbat permite pensar que otros núcleos de este tipo habían existido en la zona situada entre Ampurias y el Llobregat (Sanmartí, 2001b). Es preciso reconocer, con todo, que el hábitat en cuevas y en casas aisladas, o pequeños grupos de ellas, persistía todavía en este período, por lo menos en las comarcas gerundenses (Martín, Plana, 2001, pp. 41-45), pero creemos que, en conjunto, existía una fuerte tendencia hacia una mayor integración social y la formación de comunidades locales estables, compuestas por un número relativamente importante de familias.

En lo que respecta a la organización social, la ausencia de una verdadera jerarquía de tamaños entre los asentamientos excluye la existencia de un poder centralizado sobre territorios importantes. Tampoco la arquitectura doméstica ni las necrópolis proporcionan indicios de estratificación social. Con la única excepción de Aldovesta⁵, la mayor parte de casas son de dimensiones reducidas y constan de una sola habitación multifuncional. A pesar de ello, el análisis detallado de las viviendas permite advertir algunas diferencias de estatus, probablemente fundamentadas en la edad (Sanmartí *et alii*, 2000). El estudio de las necrópolis conduce a conclusiones similares: no existen diferencias pronunciadas en el volumen y naturaleza de los ajuares, ni signos de poder

³ Aunque numerosos trabajos de excavación recientes continúan inéditos, no parece que la nueva documentación entre en contradicción con esta idea, sino más bien al contrario.

⁴ Parece existir también un número importante de cabañas de este período bajo los dos núcleos ibéricos de Ullastret (Puig de Sant Andreu e Illa d'en Reixac), pero no es posible determinar su número ni, en particular, si fueron ocupadas simultáneamente. No puede excluirse, en cualquier caso, la existencia en estos lugares de agrupaciones humanas de carácter sedentario y un tamaño considerable.

⁵ *Vid. Infra.*

coercitivo, de manera que las pequeñas variaciones en la composición de los mismos deben explicarse por razones de edad y sexo. Asimismo, el elevado número de tumbas conocidas sugiere que no existía discriminación en cuanto al tipo de ritual. En definitiva, la evidencia disponible concuerda con lo que puede esperarse de sociedades de pequeña escala, caracterizadas por la ausencia de estratificación social y de funciones políticas institucionalizadas, aunque exista una jerarquía de estatus que refleja el prestigio individual.

En este contexto, es importante analizar también brevemente otros dos aspectos que ahora aparecen por primera vez en la documentación arqueológica: los contactos comerciales con el mundo mediterráneo y la producción siderúrgica. Efectivamente, aunque los primeros materiales fenicios pudieron llegar a esta zona ya a finales del siglo VIII a.C., es desde mediados del siglo VII a.C. cuando se documentan en cantidades conspicuas. Se trata casi exclusivamente de ánforas, cuyo contenido debió de ser sobre todo —aunque no exclusivamente— vino. Dado que las bebidas alcohólicas eran ya producidas y consumidas en las sociedades indígenas, y que posiblemente eran usadas por los jefes de linaje como un medio para ampliar su autoridad y prestigio, y también para movilizar la fuerza de trabajo, la introducción de un brebaje como el vino debió de tener un impacto considerable, puesto que permitía incrementar el poder de aquéllos que, por su proximidad a las vías de comunicación y/o la posesión de los recursos buscados por los fenicios, estaban en condiciones de adquirir —y redistribuir— grandes cantidades de este producto⁶. El importante volumen de los materiales de importación durante este período (fig. 3), así como su presencia en numerosos yacimientos, incluso de dimensiones muy reducidas, muestra que, en efecto, fueron generosamente difundidos entre el conjunto de la población.

En cuanto a la metalurgia del hierro, la mayor parte de elementos conocidos son objetos de uso personal o de adorno —navajas, anillas, hojas de afeitar—, de modo que puede suponerse que eran usados como bienes de prestigio que, como el vino fenicio, permitían incrementar el capital político de los jefes de linaje y facilitaban la reproducción de sus intereses. Como ha propuesto J. Kim (2001) para otros contextos culturales, este uso limitado de la nueva tecnología pudo deberse a que, en un primer momento, se consideraron demasiado elevados los costes y los riesgos de la producción masiva de instrumentos de hierro destinados a incrementar los excedentes.

⁶ *Vid. Infra.*

Desde finales del siglo VII a.C. aparecen algunos elementos que sugieren un incremento de la desigualdad social. Así, en la necrópolis de Vilanera (L'Escala, Alt Empordà) existe un grupo de tumbas que se distingue por la importancia del túmulo funerario que cubre el conjunto y la presencia en las mismas de objetos de prestigio, que incluyen importaciones fenicias (Agustí *et alii*, 2002; Santos, 2002). Es también ahora cuando aparecen en las tumbas las primeras armas de hierro (Pons, 1984). En este contexto, adquiere también sentido un asentamiento tan peculiar como Aldovesta: un solo gran edificio, junto al curso del Ebro, en el que las importaciones fenicias constituyen el 57% de los vasos cerámicos, y que probablemente debe ser considerado como la residencia de un jefe de linaje que ha establecido importantes relaciones con los comerciantes fenicios y ha visto incrementados de este modo su prestigio, su autoridad y el poder que de ellos deriva (Mascort, Sanmartí, Santacana, 1992)⁷.

En definitiva, podemos suponer que en torno a 600 a.C. la jerarquía social y la estratificación se estaban desarrollando rápidamente como consecuencia de:

a) La expansión demográfica y la presión sobre los recursos productivos, que debió de provocar necesariamente el desarrollo de la economía política y, en última instancia, la formación y reproducción de una elite hereditaria

b) Las oportunidades ofrecidas por el comercio fenicio —y tal vez también la metalurgia del hierro— a determinados jefes de linaje particularmente bien situados para ganar una posición dominante e incrementar su prestigio y autoridad.

Los numerosos signos de violencia que, por lo menos en ciertas zonas, caracterizan las primeras décadas del siglo VI a.C. pueden ser entendidos dentro de este proceso de formación de las elites. Este clima de violencia resulta evidente en la región situada en torno al bajo Ebro —incluyendo Aldovesta—, y no es posible establecer, en el estado actual de la investigación, si también se dio en otras zonas, aunque la importancia y relativa complejidad de las fortificaciones de Els Vilars de Arbeca así lo sugiere.

⁷ Tal vez una interpretación similar sea adecuada para el asentamiento de Sant Jaume-Mas d'en Serrà, que ha proporcionado también un número importante de objetos de prestigio, en particular ánforas fenicias (García Rubert, en prensa).

2.2. El Período Ibérico Antiguo (ca. 550-400 a.C.). La formación de las entidades políticas territoriales

La documentación arqueológica de que se dispone para este período es, en general, lamentablemente escasa, debido sobre todo a la continuidad de ocupación de los asentamientos durante el Período Ibérico Pleno y a la consiguiente destrucción de los niveles más antiguos. Por ello, es a menudo imposible reconocer la planta de los poblados, e incluso de las propias casas, lo que supone una limitación considerable en las posibilidades de estudio de la organización social. A pesar de ello, el análisis de la jerarquía de tamaños de los asentamientos revela una superior complejidad del poblamiento y sugiere la existencia de diversas entidades político-territoriales centralizadas.

Efectivamente, en torno a 500 a.C. el Puig de Sant Andreu (Ullastret, Alt Empordà) cubría unas 3 ha. y contaba con una muralla dotada de torres cuya construcción requirió un importante esfuerzo colectivo (Martín, 1995: 425; Martín, 2000: 110-113). Asimismo, Tarragona debió de ser un núcleo importante desde la primera mitad del siglo V a.C., a juzgar por los materiales de importación. Otros asentamientos, como el Turó de Ca n'Olivé (Cerdanyola, Vallès Occidental) (Asensio *et al.*, 2000-2001), cubrían una superficie menor, aunque también considerable (1,3 ha.), y continuaban existiendo pequeños núcleos de superficie inferior a 0,5 ha., como Alorda Park (Asensio, Morer, Pou, 2003) o els Vilars de Arbeca (Alonso *et al.*, 1998). Asimismo, parece posible la existencia de un poblamiento disperso de casas o pequeñas granjas, por lo menos en el Empordà (Pons, 2002; Martín, Plana, 2001). La relativa complejidad del patrón de poblamiento indica crecimiento demográfico, especialización funcional y jerarquía política, tal vez con dos o incluso tres niveles de administración. Todo ello permite suponer la existencia de diversas entidades político-territoriales de una cierta entidad, presididas por núcleos urbanos relativamente grandes (varias hectáreas) y habitadas por una población considerable (millares o, tal vez, decenas de millares).

Aunque el escaso conocimiento que tenemos sobre las formas de hábitat limita nuestra comprensión sobre la estructura de la sociedad ibérica de este período, el registro funerario parece indicar la existencia de un grupo de linajes netamente separado del resto de la población. En este sentido, es importante observar el marcado descenso del número de sepulturas, en un período caracterizado, precisamente, por la expansión demográfica (fig. 2). Dado que el tipo de tumba conocido estos momentos es esencialmente igual al de los períodos inmediatamente anteriores, esta reducción no puede atribuirse a motivos de conservación diferen-

cial, de manera que es lógico suponer que los rituales complejos, que se traducían en un registro funerario arqueológicamente reconocible, quedaron reservados a un pequeño fragmento de la población, al que posiblemente se atribuía una naturaleza y una forma de supervivencia ultraterrenal distintas de las del resto de la población. La presencia en muchas de estas tumbas de armas de hierro y de otros elementos metálicos -sobre todo objetos de uso personal y de ornamentación de bronce- simbolizaba probablemente el prestigio y autoridad de este sector dominante de la sociedad. Es razonable suponer, en definitiva, que en la segunda mitad del siglo VI a.C. se había desarrollado la estratificación de la sociedad ibérica, así como una ideología que legitimaba la desigualdad hereditaria, fundamentalmente a través de la identificación de la clase dirigente con el mundo sobrenatural.

Estos cambios en la organización de la sociedad permiten también explicar las mutaciones que se observan en el número y naturaleza de las importaciones. Efectivamente, el volumen relativo de éstas decrece ahora hasta el punto más bajo de toda la Protohistoria en la zona estudiada (fig. 3). Además, las importaciones de ánforas devienen minoritarias, mientras que la vajilla, casi siempre griega, pasa a constituir el grueso de los elementos de origen exótico. Todo ello puede explicarse por la restricción del consumo de bienes de prestigio a la clase dirigente de la sociedad, dado que la existencia de una ideología legitimadora de las desigualdades y la extensión de una falsa conciencia entre los sectores desfavorecidos debía de hacer innecesaria, incluso contraproducente, la redistribución de los mismos; en definitiva, la acumulación de capital de prestigio se habría obtenido ahora elevando la calidad y reduciendo el número de los bienes de prestigio. Así, el consumo total de vino debió de experimentar un descenso acusado, lo que, unido a la producción local de este producto, al menos en algunas zonas⁸, explica fácilmente el reducido número de ánforas de importación documentado en esta época. En este contexto, es plausible suponer que la vajilla griega, que, sin ser muy abundante, es el tipo más corriente de cerámica de importación, fuera utilizada por la elite ibérica como un elemento diacrítico en relación al resto de la población, y que tal vez se adoptaran, con mayor o menor fidelidad, las prácticas helénicas relacionadas con el consumo del vino, tal como sugiere la presencia entre estos materiales

⁸ Bien documentada en el sudeste peninsular, concretamente en el Alt de Benimaquia (Gómez-Bellard, Guérin, 1999). La existencia de vid cultivada en Cataluña (amable comunicación de D. Asensio en relación al yacimiento del Turó de la Font de la Canya, Avinyonet, Alt Penedès) hace posible, pero no segura, la existencia de una producción vinícola también en esta zona.

de cráteras y de *oinochoai*, junto con las copas. De este modo se recalca la naturaleza diferenciada de la clase dirigente y su relación con el exterior, rasgo que a menudo aparece asociado al poder (Demoule, 1999). Los materiales de importación eran, pues, utilizados en una estrategia de acumulación de prestigio encaminada a reforzar la autoridad de la elite y el poder que de ella deriva.

En lo que se refiere a los objetos de hierro, las armas, sobre todo las puntas de lanza, son ahora frecuentes en las tumbas, pero el número conocido de instrumentos de trabajo agrícola es muy reducido. Ello puede ser debido, sobre todo, a nuestro desconocimiento sobre los yacimientos de hábitat, ya que el crecimiento de la población debió de sustentarse en una intensificación económica capaz de elevar la capacidad de carga del territorio, lo que a su vez dependía de una mejora tecnológica de los medios de producción en la que el hierro hubo de tener un papel fundamental. La dirección por parte de la elite de este proceso — complejo y, sin duda, costoso — debió de reforzar su prestigio y autoridad ante el resto de la población y debió de alimentar la ideología que justificaba, al presentarlo como imprescindible, el papel dirigente de esta aristocracia. Este sistema ideológico fue sin duda la clave de la organización de la sociedad del Ibérico Antiguo.

La transición a la complejidad social y política en el nordeste de la Península Ibérica puede explicarse, pues (pero sin olvidar el papel, importante, que en ella desempeñó el comercio colonial), en clave de desarrollo interno a partir de un modelo neoevolucionista, del que, en definitiva, nuestro caso concreto no es más que una verificación empírica. A pesar de ello, no es posible olvidar que la formación de las sociedades complejas estuvo acompañada por una auténtica ruptura de algunas de las tradiciones culturales de la zona, muy particularmente en lo que se refiere a las producciones cerámicas. Es importante recordar además que, como ya señalara en su día M. Tarradell (1962, pp. 265-268), estos materiales tienen un aspecto muy uniforme en el conjunto del área ibérica, desde el Languedoc al sur del País Valenciano, a pesar de la gran diversidad del substrato cultural preibérico. Añadamos a ello el hecho de que la inmensa mayoría de necrópolis del Ibérico Antiguo son radicalmente nuevas — sin tumbas de la Primera Edad del Hierro⁹ — y, muy particularmente, las indicaciones de J. de Hoz sobre la relativamente importante antroponimia no ibérica documentada en Azaila y Ullastret, en contraste con las comarcas centrales y meridionales del País

⁹ Existe alguna excepción, pero con un número muy reducido de tumbas ibéricas (Rafel, 1994-1996)

Valenciano, donde los nombres de persona parecen ser exclusivamente ibéricos. A juicio del autor, ello sugiere una expansión de la lengua ibérica desde esta última zona hacia el norte y noroeste¹⁰

Todos estos datos sugieren la posibilidad de que en el proceso de formación de la sociedad del Ibérico Antiguo al norte de Valencia tuviera también algún papel un movimiento de población de origen meridional. Aunque en el estado actual del conocimiento no es posible aportar pruebas concluyentes de ello, el análisis de esta posibilidad, a la luz de los nuevos desarrollos teóricos sobre las migraciones y su plasmación arqueológica (Anthony, 1990, 1992; Härke, 1998; Burmeister, 2000), debería formar parte de la agenda de la investigación en el futuro inmediato. En cualquier caso, es preciso recalcar que la afirmación de esta posibilidad no supone la negación de la capacidad para el cambio de las poblaciones del nordeste peninsular: ambos procesos pudieron desarrollarse de forma simultánea y haberse retroalimentado.

2.2. *El Período Ibérico Pleno (ca. 400-200 a. C.). Los estados arcaicos ibéricos*

En relación a la estructura de poblamiento, es preciso observar que los asentamientos más importantes adquieren desde el siglo IV a.C. una extensión mucho mayor, comprendida entre unas 9 ha. (Burriac, Tarragona) y 15 o tal vez 18 ha. en el caso de Ullastret¹¹. Estos núcleos de categoría urbana presidían aparentemente territorios políticos de una extensión considerable (Sanmartí, 2001a; 2002; Ruiz, Sanmartí, 2003). Existían también dentro de estos territorios otros asentamientos de segundo orden, de superficie comprendida entre 2 y 4 ha. y con funciones económicas, políticas y administrativas especializadas, así como un gran número de aldeas de superficie comprendida entre 0,5 y 1 ha. Es preciso señalar que, si bien en distinta medida, la presencia de la aristocracia puede ser discernida en los distintos tipos de asentamiento¹², y ello permite suponer la existencia de al menos tres niveles de adminis-

¹⁰ Como hemos señalado en otro trabajo (Sanmartí, 2004), no creemos plausible la explicación ofrecida por J. de Hoz para esta expansión como consecuencia de una suerte de colaboración comercial entre iberos del sudeste peninsular y foccos.

¹¹ Si se suman los dos núcleos de Illa d'en Reixac i Puig de Sant Andreu, así como los barrios extramuros.

¹² Por ejemplo, las importaciones halladas en una aldea como el Puig Castellar de Santa Coloma de Gramenet son muy reducidas en número y calidad, pero de este poblado proceden algunos objetos indudablemente de prestigio y documentos epigráficos que dan fe de la presencia, aun cuando sea limitada, de la elite (Sanmartí *et alii*; 1992; Ferrer, Rigo, 2003).

tración, un rasgo que a menudo ha sido considerado indicativo de la existencia de estructuras políticas de carácter estatal (Wright, Johnson, 1975, p. 267; Marcus, Feinman, 1998, pp. 8-9; Flannery, 1998, pp. 17, 55). Es también, probablemente, significativo el hecho de que los espacios políticos definidos a partir de los polígonos de Thiessen coincidan en general con los territorios que las fuentes literarias y numismáticas permiten atribuir a las etnias ibéricas más importantes (Sanmartí, 2001; 2002).

Distintos aspectos de la documentación arqueológica revelan la existencia de desigualdad social. Así, en los yacimientos de primer orden (como Ullastret o el Castellet de Banyoles de Tivissa), y solamente en ellos, se documenta la existencia de casas de grandes dimensiones (hasta 350 m²), organizadas generalmente en torno a un patio central (Maluquer de Motes, Picazo, 1992; Martín, 2000; Asensio, Miró, Sanmartí, 2002), así como sistemas defensivos relativamente complejos¹³. Otras casas más pequeñas, pero también relativamente complejas, se documentan en el asentamiento de Alorda Park (Calafell, Baix Penedès), de superficie muy reducida (unos 2500 m²), pero protegido por poderosas fortificaciones, lo que ha llevado a suponer que se trataba de una ciudadela ocupada por un número reducido de familias aristocráticas que controlaban el territorio circundante (Asensio, Morer, Pou, 2003). En las aldeas, por el contrario, las casas eran generalmente pequeñas (unos 20-40 m²) y de estructura simple (una o dos habitaciones), mientras que las fortificaciones estaban constituidas por el muro de fondo común de las viviendas y carecían de elementos de defensa sofisticados, como las torres.

En este mismo orden de cosas, es preciso recordar que el número de sepulturas conocidas es ahora extremadamente reducido —a pesar del crecimiento de la población de que se hablará más adelante— y que las dos únicas necrópolis conocidas —Puig de Serra y Cabrera— se sitúan en proximidad inmediata de dos de los centros de poder —Ullastret y Burriac respectivamente (Sanmartí, 1995). No puede dudarse de que, como en el Ibérico Antiguo, estos hechos responden a un sistema ideológico que atribuye a la elite dirigente una naturaleza diferenciada de la del resto de la población.

¹³ Sobre la posibilidad de que las fortificaciones complejas se erigieran por su valor de prestigio, más que como una respuesta a la existencia de técnicas desarrollada de poliorcética en el mundo ibérico, cf. Moret, 2001; Quesada, 2001; *contra*, Gracia, 2001.

En la base del sistema de poblamiento existía una red, más o menos densa según las zonas, de pequeños asentamientos dispersos de carácter inequívocamente agrícola, fortalezas —como Alorda Park- y lugares de actividades económicas especializadas (Asensio *et alii*, 1998) Sólo algunos de estos pequeños asentamientos han sido excavados, sobre todo en la zona del Penedès —Fondo del Roig (Cunit) o Les Guàrdies (El Vendrell)— (Morera, Rigo, Barrasetas, 1997), y muchos de ellos han resultado sin duda destruidos por las labores agrícolas y la urbanización incontrolada. Con todo, los datos disponibles sugieren una cierta diversidad, desde casas aisladas a granjas de dimensiones y complejidad considerables. Parece evidente, en cualquier caso, que, por primera vez, la totalidad del territorio explotable estaba densamente ocupado, y que la densidad población se incrementó hasta un nivel hasta entonces desconocido.

Aunque no es fácil evaluar la densidad de población existente durante el Ibérico Pleno en la zona considerada, la documentación arqueológica y algunos indicios en las fuentes escritas permiten proponer, con prudencia, una cifra probablemente no inferior a 15 hab/km² en el área indikete y en las zonas litorales, próxima a la que se documenta en Cataluña en el siglo XVI (Sanmartí, 2001; Ruiz, Sanmartí, 2003). Una expansión demográfica de este alcance no hubiera sido posible sin una intensificación económica basada no sólo en el incremento del trabajo y la explotación de la totalidad de los recursos, incluso los de menor calidad, sino también en el incremento de la capacidad de carga del territorio, a través de una mejora de la tecnología aplicada a la producción de alimentos. Este extremo viene confirmado por el elevado número y variedad del instrumental agrícola de hierro, incluyendo las rejas de arado, una herramienta que generalmente se asocia con la expansión del modelo agrícola eurasiático, basado en la ocupación permanente del suelo y el barbecho sectorial (Wolf, 1982, 34; Alonso, 1999a, 1999b; Rovira, 2000), y que probablemente deba relacionarse con la creciente importancia de los bóvidos en el registro arqueozoológico (Franquesa *et alii*, 2000, 155-156). Asimismo, los análisis polínicos señalan una expansión de los cereales y otros cultivos durante el período ibérico, con un impacto antrópico notable en algunas zonas, como el llano de Barcelona. (Burjachs *et alii*, 2000).

Es, significativamente, en este período cuando se produce la gran expansión de la escritura ibérica y la aparición de textos largos y complejos, escritos generalmente sobre lámina de plomo, y que con toda probabilidad trataban, sobre todo, de cuestiones económicas y administrativas (De Hoz, 1993; 1994; Sanmartí, 2001a; 2002), lo que a su vez

supone la existencia de un sistema político y administrativo considerablemente desarrollado.

Podemos suponer, por consiguiente, que, a lo largo de los siglos IV-III a.C., las formas tradicionales del poder, sustentadas sobre todo en la ideología y en la autoridad derivada del prestigio, se vieron progresivamente complementadas con el poder administrativo¹⁴, como respuesta a la necesidad de intensificar el control sobre una sociedad que, como hemos visto, había experimentado un gran crecimiento. Ahora bien, dado que el establecimiento de un sistema administrativo es un proceso costoso y complejo, resulta comprensible que la elite ibérica promoviera la obtención de importantes excedentes — atestiguados por la proliferación de los silos, a menudo de gran capacidad— y, por consiguiente, de un instrumental agrícola sofisticado. A pesar de que su coste inicial debió de ser elevado, el sistema de poder administrativo de las sociedades ibéricas parece haber funcionado de manera eficiente durante dos siglos, hasta que fue absorbido por la administración colonial romana.

En lo que se refiere a la importación de bienes de prestigio, experimentó un incremento notable, hasta alcanzar a finales del siglo III a.C. el 15% del total de material cerámico. Es preciso señalar asimismo un cambio importante en la naturaleza y, sobre todo, en el origen de las importaciones. En efecto, las ánforas de importación son ahora predominantemente ebusitanas, y su presencia experimenta un incremento importante. Asimismo, por primera vez se documenta la presencia de vasos culinarios de origen griego y púnico, y tal vez también de imitaciones locales de los mismos. La vajilla importada—todavía predominantemente de origen helénico, aunque no faltan las imitaciones púnico-ebusitanas— pasa a incluir, junto con los vasos potorios, un número importante de piezas destinadas al consumo de alimentos sólidos.

El incremento en el volumen de las importaciones, así como el hecho de que éstas se documenten —aunque en proporciones desiguales— en la totalidad de asentamientos ibéricos de la época, indica que estos materiales eran accesibles a la mayor parte de la población. Tal vez ello sea debido al superior peso relativo del poder administrativo en la conservación y reproducción de la organización social ibérica, puesto que ya no sería tan necesario preservar el valor de prestigio de las importaciones mediante una distribución restringida de las mismas. Por el contrario, su difusión más o menos generalizada pudo haber contribuido a

¹⁴ Esto es, «*the direct control of a variety of sources of power through formal organization and hierarchies, including taxation, military force, law, bureaucracies, and coercive sanctions*» (Kim, 2001, 466).

mantener la cohesión social en un momento en que podemos suponer, como consecuencia de la elevada densidad de población, una situación de competencia por las tierras arables y, probablemente, de violencia endémica, de la que dan fe algunas fuentes literarias¹⁵, así como las preocupaciones defensivas que pueden observarse en muchos de los asentamientos de la época. El hecho de que el mayor volumen de importaciones se documente, precisamente, en los años de la Segunda Guerra Púnica apoya también esta interpretación.

Esto no significa, sin embargo, que en conjunto las importaciones perdieran su estatus de bienes de prestigio. Por el contrario, un análisis detallado de su distribución permite observar que estos materiales son más abundantes y de mejor «calidad»¹⁶ en aquellos asentamientos donde otros aspectos de la cultura material —superficie total, tamaño y complejidad de las viviendas y fortificaciones, proximidad de necrópolis— permiten suponer una fuerte presencia de las elites, independientemente de su situación y proximidad a las vías de comunicación.

La estrategia de la aristocracia en relación a los bienes de prestigio pudo, pues, haber sido la ampliación de los sectores sociales que tenían acceso a *algunas* de las importaciones, mientras que se variaba el origen y la naturaleza de las más apreciadas, que probablemente continuaron siendo accesibles únicamente al segmento superior de la sociedad. Tal vez ello explique la expansión de las ánforas ebusitanas o la presencia de vasos culinarios, pues ambas novedades se documentan sobre todo en aquellos lugares donde se puede razonablemente suponer una fuerte presencia de las elites. Estos nuevos productos y las formas de cocina exótica probablemente constituyeron, junto con la mejor vajilla, algunos de los símbolos distintivos más característicos de la aristocracia ibérica de este período.

3. CONCLUSIÓN

La aparición de la complejidad social y de la desigualdad hereditaria es uno de los aspectos más relevantes de la investigación arqueológica actual. La documentación proporcionada por la investigación arqueológica y filológica en el área ibérica ha alcanzado un volumen suficiente como para ser significativa desde este punto de vista y puede ser interpretada como un caso concreto de verificación empírica del modelo

¹⁵ Livio, 34, 20, en relación a la oposición tradicional entre Suessetanos y Lacetanos.

¹⁶ Por ejemplo, vasos de figuras rojas o ánforas de transporte.

hipotético de evolución social formulado en su día por A.W. Johnson y T. Earle (2000²). En el nordeste de la Península Ibérica, el crecimiento demográfico sostenido desde el segundo milenio habría sido el motor del proceso de formación de comunidades locales sedentarias, y la persistencia de este crecimiento, junto con la generalización de la metalurgia del hierro, habría conducido desde finales del siglo VII a.C. a una nueva intensificación económica, a la consiguiente expansión de la economía política, la formación de elites hereditarias y, en último término, de entidades políticas territoriales de una cierta amplitud, que desde el siglo IV a.C. parecen haber alcanzado la complejidad institucional y administrativa propia de los estados arcaicos. En todo este proceso de formación y reproducción de las elites, la adquisición y redistribución de bienes de prestigio importados, parece haber desempeñado un papel importante, pero con estrategias cambiantes según las circunstancias concretas de cada momento.

Es preciso señalar, con todo, que, pese a la coherencia de la documentación disponible con el modelo teórico, éste no explica la brusca ruptura de las tradiciones indígenas, al menos en determinados aspectos de la cultura material (sobre todo las cerámicas y necrópolis), que se produce a mediados del siglo VI a.C. Este hecho, así como los argumentos de carácter lingüístico que sugieren una expansión de la lengua ibérica desde el sur del País Valenciano, permite considerar también la hipótesis de un movimiento de población en dirección sur-norte en el siglo VI a.C., en el bien entendido de que ello no supone una alternativa exclusiva a una explicación basada en el desarrollo interno: ambos procesos pudieron producirse e incluso retroalimentarse.

BIBLIOGRAFÍA

- Agustí, B. *et alii* (2002): «La necrópolis d'incineració de Vilanera», *Sisenen Jornades d'Arqueologia de les Comarques Gironines*, pp. 77-86, Girona.
- Albizuri, S., Nadal, J. (2000): «Estudi arqueozoològic de les restes faunístiques recuperades al jaciment del Barranc de Gàfols (Ginestar, Ribera d'Ebre)», *in* Sanmartí *et al.*, 2000, pp. 197-207.
- Alonso, N. (1999a): *De la llavor a la farina. Els processos agrícoles protohistòrics a la Catalunya occidental*, *Monographies d'Archéologie Méditerranéenne*, 4, Lattes.
- (1999b): «La agricultura de la Primera Edad del Hierro y de época ibérica en el llano occidental de Cataluña: problemática y nuevas aportaciones», *Els productes alimentaris d'origen vegetal a l'edat del Ferro de l'Europa Occidental: de la producció al consum*, *Sèrie Monogràfica*, 18, pp. 127-137, Girona.

- Alonso, N. (2000): «Cultivos y producción agrícola en época ibérica», *Ibers. Agricultors, artesans i comerciants. III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric, Saguntum*, extra 3, pp. 25-46.
- Alonso, N., Junyent, E., Lafuente, A., López, J. B. (1998): «Poder, símbolo y territorio: el caso de la fortaleza de Arbeca», *Actas del Congreso Internacional Los iberos. Príncipes de Occidente*, coord. C. Aranegui Gascó, pp. 355-372, Barcelona.
- Alonso, N., López, J. B. (2000): «Minferri (Juneda, Garrigues): un nou tipus d'assentament a l'aire lliure a la plana occidental catalana, durant la primera meitat del segon mil·lenni cal. BC», *Tribuna d'Arqueologia 1997-1998*, pp. 279-306, Barcelona.
- Anthony, D. (1990): «Migration in Archeology: The Baby and the Bathwater», *American Anthropologist*, 92, pp. 895-914.
- (1992): «The Bath Refilled: Migration in Archaeology again», *American Anthropologist*, 94, pp. 174-176.
- Aquilué, X., Burés, L., Buxó, R., Castanyer, P., Esteba Q., Fernández, A., Pons, E., Santos, M., Solé, J., Tremoleda, J. (1999): *Intervencions arqueològiques a Sant Martí d'Empúries (1994-1996). De l'assentament precolonial a l'Empúries actual, Monografies emporitanes*, 9, Girona.
- Aquilué, X., Burés, L., Castanyer, P., Esteba, Q., Pons, E., Santos, M., Tremoleda, J. (2000): «Els assentaments indígenes i l'ocupació grega arcaica de Sant Martí d'Empúries (L'Escala, Empúries). Resultats del projecte d'intervencions arqueològiques de 1994 i 1995, *L'hàbitat protohistòric a Catalunya, Rosselló i Llenguadoc Occidental. Actualitat de l'Arqueologia de l'Edat del Ferro*, Actes del XXII Col·loqui Internacional per a l'Estudi de l'Edat del Ferro, *Sèrie Monogràfica*, 19, eds.R. Buxó, E. Pons, pp. 19-32, Girona.
- Asensio, D.; Belarte, C., Sanmartí, J., Santacana, J. (1998): «Paisatges ibèrics. Tipus d'assentaments i formes d'ocupació del territori a la costa central de Catalunya durant el període ibèric ple», *Actas del Congreso Internacional Los iberos. Príncipes de Occidente*, pp. 373-385, Barcelona.
- Asensio, D.; Belarte, C., Ferrer, C., Noguera, J., Sanmartí, J., Santacana, J. (1994-1996): «El jaciment del Barranc de Sant Antoni (Ginestar, Ribera d'Ebre)», *Models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 A.N.E. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la depressió de l'Ebre, Gala*, 3-5, pp. 231-246.
- Asensio, D., Miró, M., Sanmartí, J. (2002): «El nucli ibèric del Castellet de Banyoles (Tivissa, Ribera d'Ebre): un estat de la qüestió», *Ibers a l'Ebre. Recerca i Interpretació, Il·lustracions*, 3, pp. 185-203.
- Asensio, D., Francès, J., Ferrer, C., Guàrdia, M., Sala, O. (2000-2001): «Resultats de la campanya de 1998/1999 i estat de la qüestió sobre el nucli laietà del turó de ca n'Olivé (Cerdanyola, Vallès Occidental)», *Pyrenae* 31-32, pp. 163-199.

- Asensio, D., Morer, J., Pou, J. (2003): «La ciudatella ibèrica de Toixoneres (Calafell) », *Territoris antics a la Mediterrània i a la Cossetània oriental*, Actes del Simposi Internacional d'Arqueologia del Baix Penedès, eds. J. Guitart, J.M. Palet y M. Prevosti, pp. 267-279, Barcelona.
- Bosch-Gimpera, P. (1915): *El problema de la ceràmica ibèrica*, Madrid.
- (1919): *Prehistòria catalana*, Barcelona.
- (1932): *Etimologia de la Península Ibèrica*, Barcelona.
- Burjachs, F., Blech, M., Marzoli, D., Julià, R. (2000): «Evolución del paisaje vegetal en relación con el uso del territorio en la Edad del Hierro en el NE de la Península Ibérica», *Els productes alimentaris d'origen vegetal a l'edat del Ferro de l'Europa Occidental: de la producció al consum*, *Sèrie Monogràfica*, 18, eds. R. Buxó y E. Pons, pp. 31-42, Girona.
- Burmeister, S. (2000): «Archaeology and Migration. Approaches to an Archaeological Proof of Migration», *Current Anthropology*, 41 (4), pp. 539-567.
- Caro Baroja, J. (1971): «La realeza y los reyes de la España antigua», *Estudios sobre la España Antigua*, *Cuadernos de la Fundación Pastor*, 17, pp. 51-159, Madrid.
- (1981³): *Los Pueblos de España*, ed. Istmo, Madrid
- De Hoz, J. (1993): «La lengua y escritura ibéricas y las lenguas de los iberos», *Actas del V coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, pp. 635-666.
- (1994): «Griegos e iberos: testimonios epigráficos de una cooperación mercantil», *Iberos y griegos: lecturas desde la diversidad*, *Huelva Arqueológica*, XIII, 2, eds. P. Cabrera, R. Olmos, E. Sanmartí, pp. 243-271.
- Demoule, J.-P. (1999): «La société contre les princes», *Les Princes de la Protohistoire et l'émergence de l'État*, *Actes de la table Ronde internationale de Naples (1994) (Collection Centre Jean Bérard 17/ Collection École Française de Rome 252)*, ed. P. Ruby, pp. 125-134, Nápoles.
- Dietler, M. (1990): «Driven by drink: the role of drinking in the political economy of and the case of early Iron Age France», *Journal of Anthropological Archaeology*, 9, pp. 352-406.
- Ferrer, C., Rigo, A. (2003): *Puig Castellar. Els ibers a Santa Coloma de Gramenet. 5 anys d'intervenció arqueològica (1998-2002)*, *Monografies Locals*, 2, Santa Coloma de Gramenet.
- Flannery, K. V. (1998): «The ground plans of archaic states», *Archaic States*, 1998, eds. G. M. Feinman, J. Marcus, pp. 15-57, Santa Fe.
- Franquesa, D., Oltra, J., Piña, A., Pons, E., Saña, M., Verdúm, E. (2000): «La ramaderia en les societats ibèriques del N-E de la Península Ibèrica: diver-

- sificació i especialització», *III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric, Saguntum-PLAV*, Extra 3, eds. C. Mata, G. Pérez Jordà, pp. 153-161.
- Friedman, J. (1977): «Tribus, estados y transformaciones», *Análisis marxistas y antropología social*, ed.M. Bloch , pp. 191-239, Barcelona.
- Gómez Bellard, C., Guérin, C. (1999): «La production du vin dans l'Espagne préromaine», *Els productes alimentaris d'origen vegetal a l'edat del Ferro de l'Europa Occidental: de la producció al consum, Sèrie Monogràfica*, 18, eds. R. Buxó y E. Pons, pp. 379-387, Girona.
- Garcia Rubert, D. (en prensa): «El yacimiento de Sant Jaume-Mas d'en Serrà (Alcanar, Montsià, Catalunya). La Primera Edad del Hierro en el curso del río Senia y áreas limítrofes», *Encuentro de Jóvenes Investigadores sobre Bronce Final y Hierro en la Península Ibérica* (Salamanca, Octubre de 2003).
- Gracia, F. (2001): «Sobre fortificaciones ibéricas. El problema de la divergencia respecto al pensamiento único», *Gladius*, XXI, pp. 155-166.
- Härke, H. (1998): «Archaeologists and Migrations. A Problem of Attitude?», *Current Anthropology*, 39 (1), pp. 19-45.
- Johnson, A.W., Earle, T.K. (2000²): *The evolution of human societies: from foraging group to agrarian state*, Stanford.
- Junyent, E. (1991): «Contribució al coneixement de les estructures defensives en els assentaments de la Catalunya Occidental. Bronze Final, Primera Edat del ferro i Època Ibèrica. Estat de la qüestió», *Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica: Les fortificacions*, pp. 103-108, Manresa.
- Junyent, E. (1992): «Els orígens de la metal·lúrgia del ferro», *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 2, pp. 21-34.
- (2002): «Els segles de formació: el bronze final i la primera edat del ferro a la depressió de l'Ebre», *I Jornades d'Arqueologia: Ibers a l'Ebre. Recerca i Interpretació, Ilercavònia*, 3, pp. 17-35.
- Junyent, E., Lafuente, A., López, J. B. (1994): «L'origen de l'arquitectura en pedra i l'urbanisme a la Catalunya occidental», *Hàbitat i habitació a la protohistòria de la Mediterrània nord-occidental*, *Cota Zero*, 10, pp. 73-89.
- Kim, J. (2001): «Elite Strategies and the Spread of Technological Innovation: The Spread of Iron in the Bronze Age Societies of Denmark and Southern Korea», *Journal of Anthropological Archaeology*, 20, pp. 442-478.
- López Cachero, J. (1999): «Primeros ensayos urbanísticos en el NE peninsular: el ejemplo de Genó y los poblados de espacio central», *Pyrenae*, 30, pp. 69-89.
- Maluquer de Motes, J., Picazo, M. (1992): «Una casa de final del segle V a l'oppidum d'Ullastret», *Fonaments*, 8, pp. 25-51.

- Mangas, J. (1977): «Servidumbre comunitaria en la Bética prerromana», *Estructuras Sociales durante la Antigüedad, Actas del Coloquio 1977, Memorias de Historia Antigua*, I, pp. 151-161, Oviedo.
- Marcus, J., Feinman, G.M. (1998): «Introduction», *Archaic States*, eds. G. M. Feinman, J. Marcus, pp. 3-13, Santa Fe.
- Martín, M.A. (1995): «Formació i desenvolupament de la cultura ibèrica a la zona nord-est de Catalunya», *Cultures i medi de la Prehistòria a l'Edat Mitjana. 20 anys d'arqueologia pirinenca, X Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, pp. 423-434, Puigcerdà.
- (2000): «L'oppidum del Puig de Sant Andreu d'Ullastret. Aportació de les intervencions arqueològiques recents al coneixement dels sistemes defensius i de l'urbanisme», *L'hàbitat protohistòric a Catalunya, Rosselló i Lluçanès Occidental. Actualitat de l'Arqueologia de l'Edat del Ferro*, Actes del XXII Col·loqui Internacional per a l'Estudi de l'Edat del Ferro, Sèrie Monogràfica, 19, eds. R. Buxó, E. Pons, pp. 107-121, Girona.
- Martín, A., Plana, R. (2001): «El nord-est català en època ibèrica i l'entitat territorial de l'oppidum d'Ullastret», *Territori polític i territori rural durant l'edat del Ferro a la Mediterrània occidental*, Actes de la Taula Rodona celebrada a Ullastret, *Monografies d'Ullastret*, 2, eds. M.A. Martín Ortega y R. Plana Mallart, pp. 39-52, Girona.
- Mascort, M., Sanmartí, J., Santacana, J. (1991): *El jaciment protohistòric d'Aldovesta (Benifallet) i el comerç fenici arcàic a la Catalunya meridional*, Tarragona.
- Maya, J. L., Cuesta, F., López-Cachero, L. (1998): *Genó. Un poblado del Bronce Final en el Bajo Segre (Lleida)*, Barcelona.
- Mestres, J., Senabre, J., Socías, J. (1994-1996): «L'Alt Penedès a la Primera edat del ferro: Consideracions a l'entorn d'un model d'ocupació del territori», *Models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 A.N.E. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la depressió de l'Ebre*, Gala, 3-5, eds. M. Cura, J. Rovira, pp. 247-263.
- Molera, S., Ollé, A., Otiña, P., Vergés, J. M., Zaragoza, J. (1999): «Primeros resultados de la excavación del poblado protohistórico de l'Era del Castell (El Catllar, Tarragona)», *XXIV Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena, 1997)*, vol. 3, pp. 145-150, Múrcia.
- (2000): «L'Era del Castell (El Catllar). Un assentament de la Primera Edat del Ferro al Camp de Tarragona», *Tribuna d'Arqueologia 1997-1998*, pp. 7-17, Barcelona.
- Molist, N. (2000): «L'oppidum cossetà d'Olèrdola. L'etapa ibèrica d'un assentament d'ocupació continuada», *L'hàbitat protohistòric a Catalunya, Rosselló i Lluçanès Occidental. Actualitat de l'Arqueologia de l'Edat del Ferro*,

- Actes del XXII Col·loqui Internacional per a l'Estudi de l'Edat del Ferro, Sèrie Monogràfica*, 19, eds. R. Buxó, E. Pons, pp. 91-105, Girona.
- Morer, J., Rigo, A., Barrasetas, E. (1997): «Les intervencions arqueològiques a l'autopista A-16: valoració de conjunt», *Tribuna d'Arqueologia 1996-1997*, pp. 67-98, Barcelona.
- Moret, P. (2001): «Del buen uso de las murallas ibéricas», *Gladius*, XXI, pp. 137-144.
- Noguera, J. (2002): *Ibers a l'Ebre*, Móra d'Ebre.
- Pons, E. (1984): «El pas de l'Edat del Bronze a l'Edat del Ferro a Catalunya», *Protohistòria Catalana, 6è Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, pp. 15-27, Puigcerdà.
- (1984): *Mas Castellar de Pontós (Alt Empordà). Un complex arqueològic d'època ibèrica (Excavacions 1990-1998)*, *Sèrie Monogràfica*, 21, Girona.
- Puche, J. M. (1993): «Evolució del poblament i relacions macroespacials durant l'Edat del Bronze a l'Urgell», *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 3, pp. 21-64.
- Quesada, F. (2001): «En torno al análisis táctico de las fortificaciones ibéricas. Algunos puntos de vista alternativos», *Gladius*, XXI, pp. 145-154.
- Rafel, N. (1994-1996): «El conjunt arqueològic del Coll del Moro de Gandesa: algunes dades sobre el procés d'iberització a la zona», *Models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 A.N.E. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la depressió de l'Ebre*, *Gala*, 3-5, pp. 341-348.
- Ripoll, E., Llongueras, M., Sanmartí-Grego, E. (1976-1978): *Simposi Internacional: Els Orígens del Món Ibèric*, *Ampurias*, pp. 38-40, Barcelona.
- Renfrew, C. (1972): *The Emergence of civilisation: the Cyclades and the Aegean in the third millenium B.C.*, ed. Methuen, Londres.
- (ed.) (1973): *The Explanation of culture change: models in prehistory. Proceedings of a meeting of the Research Seminar in Archaeology and Related Subjects held at The University of Sheffield*, ed. Duckworth, Sheffield.
- Rovira, C. (2000): «Aproximación a la agricultura protohistórica del noreste de la Península Ibérica mediante el utillaje metálico», *Els productes alimentaris d'origen vegetal a l'edat del Ferro de l'Europa Occidental: de la producció al consum*, *Sèrie Monogràfica*, 18, eds. R. Buxó y E. Pons, pp. 269-280, Girona.
- Rovira, J., Petit, M.A. (1997): *La unitat habitacional de Can Cortès (Sant Just Desvern, Barcelona). Una cabana del Bronze Final a l'antic estuari del riu Llobregat*, *Monografies Arqueològiques*, VIII, Barcelona.
- Rovira, J., Santacana, J. (1982 a): «Protourbanismo y asentamientos de la edad del bronce en Cataluña», *Informació Arqueològica*, 38, pp. 26-35.

- Rovira, J., Santacana, J. (1982b): *El yacimiento, de La Mussara (Tarragona). Un modelo de asentamiento pastoril en el Bronce Final de Catalunya*, *Monografies Arqueològiques*, 2, Barcelona.
- Ruiz Zapatero, G. (1985): *Los Campos de Urnas del N.E. de la Península Ibérica*, Madrid.
- Ruiz Rodríguez, A., Sanmartí, J. (2003): «Models comparats de poblament entre els ibers del nord i del sud», *Territoris antics a la Mediterrània i a la Cossetània oriental*, Actes del Simposi Internacional d'Arqueologia del Baix Penedès, eds. J. Guitart, J.M. Palet y M. Prevosti, pp. 39-57, Barcelona.
- Sanmartí, J. (1995): «Les necròpolis del període ibèric ple i tardà a Catalunya», *Citerior*, 1, pp. 91-106, Tarragona.
- (2001a): «Territoris i escales d'integració política a la costa de Catalunya durant el període ibèric ple (segles IV-III aC)», *Territori polític i territori rural durant l'edat del Ferro a la Mediterrània occidental*, Actes de la Taula Rodona celebrada a Ullastret, *Monografies d'Ullastret*, 2, eds. M.A. Martín Ortega y R. Plana Mallart, pp. 23-38, Girona.
- (2001b): «La formació i desenvolupament de les societats ibèriques a Catalunya», *Butlletí de la Reial Societat Arqueològica Tarraconense*, 23, pp. 101-132.
- (2002): «Les territoires politiques et la formation des états ibériques sur la côte de Catalogne (IVe-IIIe s. av. J.-C.)», *Territoires Celtiques. Espaces ethniques et territoires des agglomérations protohistoriques d'Europe Occidentale*, eds. D. Garcia i F. Verdin, pp. 30-36, París.
- (2004): «From local groups to early states: the development of complexity in protohistoric Catalonia», *Pyrenae*, 35 (1), pp. 7-41, Barcelona.
- Sanmartí, J.; Belarte, M.C., Santacana, J., Asensio, D., Noguera, J. (2000): *L'assentament del bronze final i la primera edat del ferro del Barranc de Gàfols (Ginestar, Ribera d'Ebre)*, *Arqueomediterrània*, 5, Barcelona.
- Sanmartí, J., Gili, E., Rigo, A., De la Pinta, J. (1992): *Els primers pobladors de Santa Coloma de Gramenet. Dels orígens al món romà*, *Història de Santa Coloma de Gramenet*, 1, Barcelona.
- Santos, M. (2002): «Fenicios y griegos en el extremo N.E. peninsular durante la época arcaica y los orígenes del enclave foceo de Emporion.», *Contactos en el extremo de la oikoumene. Los griegos en occidente y sus relaciones con los fenicios*, XVII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Eivissa, 2002), *Treballs del Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera*, 51, pp. 87-132.
- Tarradell, M. (1962): *Les arrels de Catalunya*, Barcelona (primera edició de bolsillo, 1982).
- Wolf, E.R. (1971): *Los campesinos*, Barcelona.
- Wright, H.T., Johnson, G.A. (1975): «Population, exchange and early state formation in southwestern Iran», *American Anthropologist*, 77, pp. 267-289.

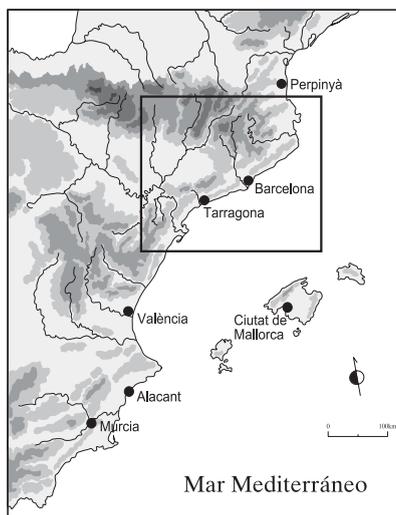


Fig. 1a. Localización del área estudiada en este trabajo.

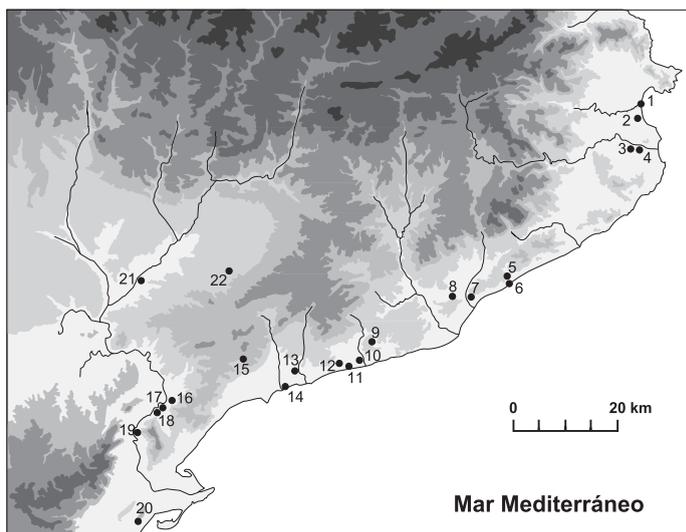


Fig. 1b. Mapa de localización de los yacimientos mencionados.

- | | | |
|---|-----------------------|-------------------------------|
| 1. Sant Martí d'Empúries | 8. Turó de ca n'Olivé | 16. El Castellet de Banyoles |
| 2. Vilanera (necrópolis) | 9. Olèrdola | 17. Barranc de Gàfols |
| 3. Puig de Serra (necrópolis) | 10. Fondo del Roig | 18. Barranc de Sant Antoni |
| 4. Illa d'en Reixac y Puig de Sant Andreu (Ullastret) | 11. Alorda Park | 19. Aldovesta |
| 5. Burriac | 12. Les Guàrdies | 20. Sant Jaume-Mas d'en Serrà |
| 6. Cabrera de Mar (necropolis) | 13. El Catllar | 21. Genó |
| 7. Puig Castellar | 14. Tarragona | 22. Els Vilars d'Arbeca |
| | 15. La Mussara | |

La conformación del mundo ibérico septentrional

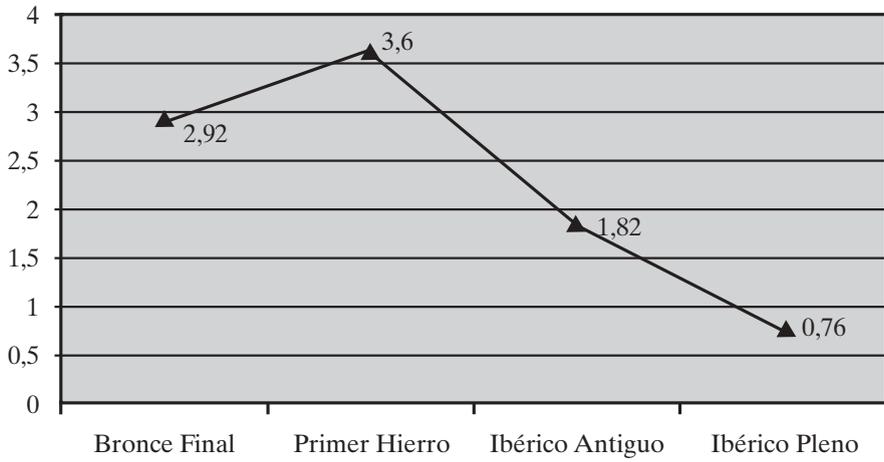


Fig. 2. Número de tumbas por año en el área estudiada.

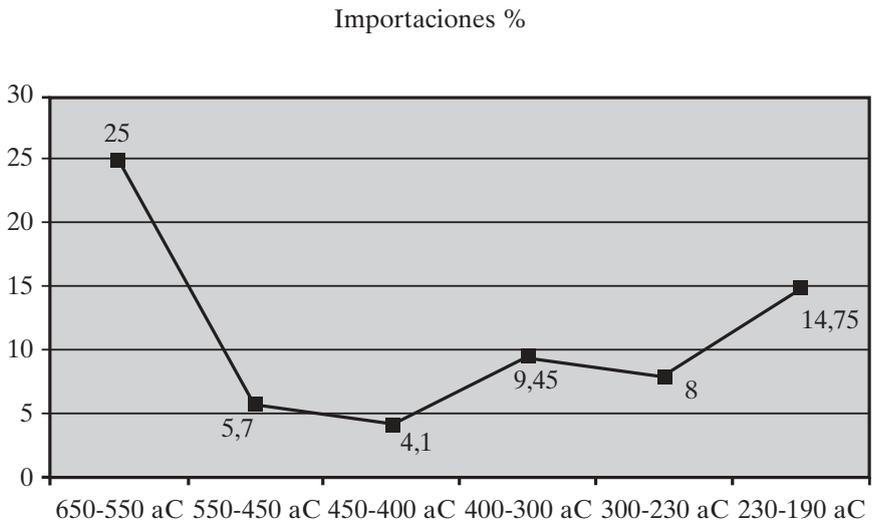


Fig. 3. Desarrollo cuantitativo de las importaciones cerámicas de origen mediterráneo desde el siglo VII a.C. a ca. 200 a.C.